

NIGERIA,
EN PAZ

EL general Gowon, nacido en 1932 en Zaria, es un hombre del Norte del país que presenta, no obstante, la particularidad de ser cristiano y pertenecer, a la vez, a una minoría étnica. Quizá por eso sea él el mediador más idóneo entre un Norte islamizado y un Sur cristiano o animista.

LA RECONCILIACION
ES UN HECHO;
EL FUTURO POLITICO,
UNA INCOGNITA

POR VEZ PRIMERA DESDE QUE TERMINO LA GUERRA. HABLA EL GENERAL GOWON

EL general Gowon, jefe del gobierno militar general, sigue siendo el hombre dulce y un tanto reservado que era antes de acceder al poder. La victoria militar absoluta de los federales sobre los secesionistas de Ojukwu, si bien le ha dado a Gowon una mayor seguridad en sí mismo, no puede decirse que se le haya subido a la cabeza. Es un hombre con los pies bien puestos sobre la tierra. Otros, en su lugar, ya habrían sucumbido al culto de la personalidad. Nada más lejos del carácter de Gowon. El periodista que se atreva a hacerle preguntas sobre su vida personal puede contar con una negativa cortés, pero firme. ¿Quién es, pues, este hombre al que la gloria parece no haberle afectado en nada?

Gowon es, en primer lugar, un rostro de rasgos regulares, iluminado siempre por una amplia sonrisa, y lleva un bigote cuidadosamente perfilado. Ofrece un buen aspecto vestido con su severo uniforme verde oliva, que sólo raras veces troca por un traje a la moda occidental o el nacional nigeriano.

El general Gowon no parecía predestinado, ni por sus orígenes ni por su carrera, para el puesto que actualmente ocupa a la cabeza de la Federación de Nigeria.

Nacido en 1932 en Zaria, Gowon es un hombre del Norte del país que presenta la particularidad de ser cristiano y pertenecer a una minoría étnica. Quizá por eso sea él el mediador idóneo entre un Norte islamizado y un Sur cristiano o animista.

Después de sus estudios primarios con los misioneros y en la escuela pública de Zaria, el joven Gowon asistió a las clases del colegio gubernamental. A continuación ingresó en la escuela especial para oficiales de Tenshle, en la Costa de Oro (ahora Ghana).

Terminó sus estudios en la academia militar de Sandhurst, de

donde salió diplomado. A partir de ese momento comienza para él una carrera nada brillante: la guarnición de Ibadan, luego la frontera entre Nigeria y el Camerún. Único hecho sobresaliente de este período: su paso por el Congo, en 1960, como parte integrante del contingente nigeriano, puesto a la disposición de las Naciones Unidas que luchan contra la secesión katangués.

Cuando se produce, en 1966, el golpe militar del general Ironsi, que pone fin al régimen civil, Gowon es comandante adjunto de un batallón con base en Ikeja, en los alrededores de Lagos. El nuevo régimen le nombra jefe de Estado Mayor del Ejército y le acoge en el seno del consejo militar supremo. En julio de 1966, nuevo golpe de Estado, con asesinato del general Aguiyi Ironsi. Ha sonado la hora de Gowon. Sus compañeros le eligen para presidir los destinos del gobierno federal militar en agosto de 1966, cuando sólo cuenta treinta y dos años. Gracias a su discreción y moderación, Gowon es considerado como el árbitro soñado entre las tendencias que se enfrentan en el seno del consejo militar supremo.

Luego viene la secesión de Biafra y, casi inmediatamente, la guerra civil. Gowon sorprende a más de un observador por su energía y su habilidad en los puestos de mando.

Paradójicamente, para este hombre pacífico como nadie, la guerra constituye, muy a su pesar, un verdadero trampolín.

Gowon se aseguró su puesto a lo largo de esos treinta meses de luchas fratricidas, con un sentido religioso del deber. Al tiempo que se forjaba una gran nación, nacía un hombre de Estado.

Nuestro colaborador Jos-Blaise Alima consiguió el 16 de marzo, en Lagos, la primera entrevista que el jefe del gobierno nigeriano haya concedido a un periodista desde el derrumbamiento de Biafra.

PREGUNTA.—Han transcurrido tres meses desde que terminó la guerra civil. Pero ya la gente se pregunta —y entre esta gente incluyo a determinados nigerianos— qué intención tienen los militares.

GOWON.—La mayor preocupación del gobierno militar actualmente es el problema de la ayuda, la rehabilitación y la reconstrucción. En lo que se refiere al futuro político del país —y eso es ya harina de otro costal—, he dado mi palabra de honor de que

el Ejército volverá a sus cuarteles en cuanto acabe nuestra tarea. Es un compromiso que ha aceptado el gobierno militar. Un compromiso que, como tal, piensa respetar. Creo, sin embargo, que es demasiado pronto para saber cuál será el futuro político del país. En cuanto se llegue a una solución política, el pueblo de Nigeria y el mundo exterior serán informados al respecto.

P.—Si, pero, ¿dentro de cuánto tiempo?

G.—La misión del gobierno mi-

litar es la de realizar, a la mayor brevedad posible, la rehabilitación y la reconstrucción, tareas en extremo difíciles y complejas, como usted puede imaginarse. Por otro lado, he de decirle que uno de los problemas que creíamos más delicados, el de la reconciliación, está prácticamente resuelto.

»Pero si bien la reconciliación es ya cosa hecha, y la ayuda está siguiendo un curso realmente satisfactorio, lo cierto es que queda todavía mucho que hacer en lo que se refiere a rehabilitación

y reconstrucción. Usted comprenderá, pues, que me resulta difícil fijar desde ya un plazo determinado para la realización de estos objetivos clave.

P.—Pero usted sabe que determinados políticos civiles se muestran impacientes.

G.—Me gustaría recomendarles mucha paciencia, porque les interesa. El advenimiento demasiado rápido de un régimen civil puede precipitar al país en una gran confusión, cuando todavía no está preparado para enfren-

“ **NIGERIA** nos pertenece a todos, y todo nigeriano debe sentirse en su casa en cualquier lugar de la Federación”. (Gowon.)



tarse a tal situación. Creo que debemos solucionar los problemas urgentes antes de pensar en política. El Ejército, por su parte, no intenta sacrificar los intereses del país a las ambiciones personales.

P.—¿Piensa usted organizar un referéndum antes del advenimiento del régimen civil?

G.—Como le dije antes, cuando llegue el momento, el pueblo nigeriano y el mundo entero serán informados del nuevo sistema institucional que regirá el país.

P.—En lo que se refiere a la rehabilitación, ¿qué suerte les reserva a los antiguos oficiales rebeldes que en su mayoría han subido de graduación durante la guerra?

G.—Nigeria no reconoce esas graduaciones. No hay ni que discutir este particular. Cuando nos referimos a estos oficiales, hablamos de las graduaciones que tenían en el seno del Ejército federal antes de la secesión. En cuanto a su futuro, he instituido una comisión encargada de investigar

en torno a sus diversas actividades durante la guerra. Espero precisamente el informe de esta comisión antes de decidir nada. Pero pueden tener ustedes la seguridad de que ninguno será ejecutado.

P.—En el mismo orden de ideas, ¿cuál sería la suerte de Ojukwu si volviese a Nigeria?

G.—Su pregunta es un tanto comprometida. Pero voy a devolverle la pelota. ¿Cree usted que un milagro así puede suceder? Confieso que no es fácil contes-

tarle. Pero esta dificultad es casi nula si se compara con las que tendría Ojukwu para contestar las preguntas que se le harían en el caso de que volviese a Nigeria. El pueblo ibo, en efecto, tendría mil preguntas que hacerle: ¿dónde está mi padre?, ¿dónde está mi madre?, ¿dónde mi hijo?, ¿dónde mi hija? Son ésas algunas de las preguntas que tendrá que contestar. A los ibos no se les olvidará preguntarle qué es lo que ha hecho con el dinero que consiguió a lo largo de meses. En estas condiciones, ¿puede us-

LA RECONCILIACION ES UN HECHO; EL FUTURO POLITICO, UNA INCOGNITA

ted asegurarme que Ojukwu volverá a mi país después de todo lo que ha hecho? Dijo al mundo entero que no abandonaría jamás su país y que tomaría su fusil para luchar solo contra Gowon si fuera preciso. ¿Lo ha hecho?

P.—Al regresar de la última cumbre de la OUA, usted calificó a Ojukwu como "mi hermano del otro campo". ¿Cómo explica usted esta declaración hecha poco antes de que se aplastase la rebelión?

G.—Es que considero a todos los nigerianos como hermanos. Y Ojukwu no constituye ninguna excepción. Le he brindado en diversas ocasiones la oportunidad de solucionar el conflicto en torno a una mesa de conferencias. Pero siempre se ha negado a ello, incluso en diciembre de mil novecientos sesenta y nueve, es decir, un mes exactamente antes de que acabase la secesión. ¿Esperaba, tal vez, algún milagro que le salvara de una situación en la que se veía más comprometido cada vez por culpa de sus amigos imperialistas que le concedían un apoyo imaginario?

P.—¿Piensa usted hacer a los ibos las mismas concesiones que si el conflicto se hubiese solucionado en torno a una mesa de conferencias?

G.—Hemos prometido siempre dar garantías referentes a la seguridad de las personas y de sus bienes: puedo asegurarle que estas garantías serán aplicadas al pie de la letra. Hay, sobre todo, una garantía suprema: Nigeria nos pertenece a todos, y todo nigeriano debe sentirse en su casa en cualquier lugar de la Federación. Es un principio sagrado que debe respetarse escrupulosamente. Dicho esto, no hay razón alguna para conceder un estatuto particular a los ibos. Sería muy perjudicial concederles una serie de privilegios que no servirían más que para irritar a las demás tribus, y terminar creando un clima de animosidad cuyas consecuencias son fáciles de prever.

P.—En lo que se refiere a las futuras estructuras de Nigeria, ¿cree usted que hace falta conservar los doce Estados actuales, o es posible esperar un aumento o una disminución de dicho número?

G.—Opino que la estructura de doce Estados es el fundamento de la unidad del país. El número doce no tiene, por otra parte, nada de simbólico ni de definitivo. Es únicamente el mínimo de Estados que puede haber en Nigeria. No puede excluirse, pues, «a

priori» la creación de nuevos Estados. Esto depende de determinados factores que habrá que tener seguramente en cuenta en el futuro. No puedo decirle con precisión cuáles serán estos factores. Pero me consta que la mayoría de la población está satisfecha de la estructura actual. Hay que admitir, sin embargo, que algunas personas desean un mayor número de Estados.

P.—¿Y los partidos políticos? ¿Está usted a favor del mantenimiento de las antiguas formaciones o desea, por el contrario, la creación de otras nuevas?

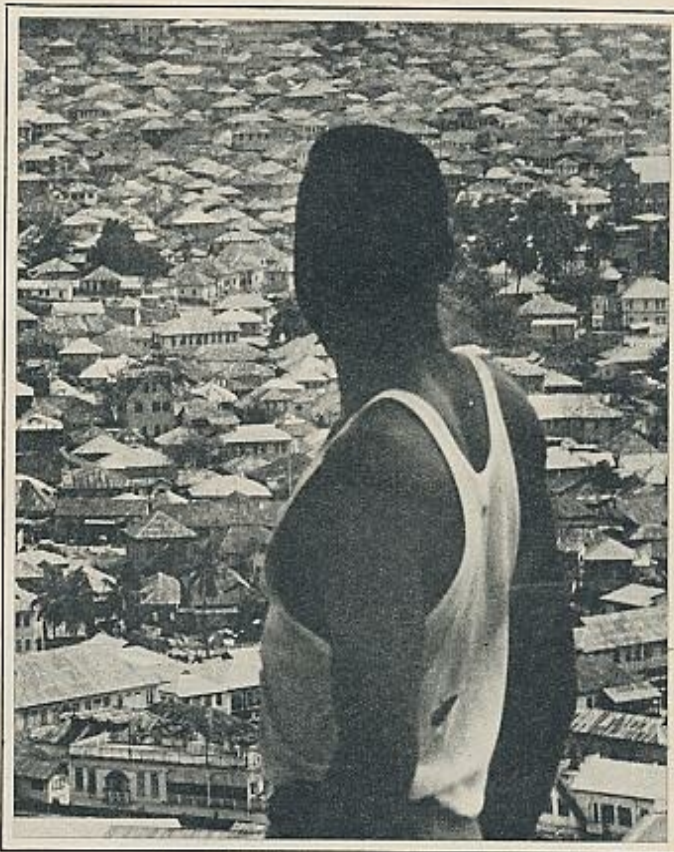
G.—Honestamente, dudo si contestar a su pregunta, que debería ser formulada a alguien que se interese profesionalmente por la política. Si cuando llegue el régimen civil, el pueblo nigeriano aboga por una vuelta a los antiguos partidos, ¿qué autoridad tendría yo para oponerme a ello? No obstante, me consta que la mayoría de la población no desea que se vuelva a los antiguos partidos. Y creo que es un buen síntoma.

P.—Actualmente, una misión nigeriana se encuentra en la Unión Soviética. Lo que basta para que algunos hablen ya de un giro, hacia el Este, de Nigeria, teniendo en cuenta, sobre todo, el papel decisivo que representó la Unión Soviética durante la guerra civil. ¿Qué puede decirme usted al respecto?

G.—Se trata de una interpretación equivocada por parte de determinadas agencias de prensa. Estas pueden especular sobre nuestros actos y gestos. Allí ellas. Pero no tardarán en darse cuenta de su error, pues es cierto que Nigeria —y estoy totalmente convencido de esto— no tiene ninguna intención de formar parte del bloque ideológico que sea. Tenemos nuestros propios ideales, que son puramente africanos. Es verdad que una misión nigeriana se ha trasladado recientemente a los países que han querido vendernos armas durante la guerra. Pero sólo se trata de darles las gracias. Lo que no quiere decir que Nigeria tenga que compartir su ideología política. Nuestro «leit motiv» es África.

P.—Algunos países vecinos les han concedido a ustedes un apoyo incondicional durante la guerra. ¿Cree posible una cooperación más intensa entre Nigeria y los citados países?

G.—Usted me brinda la ocasión de dar las gracias a todos estos países: Camerún, Níger, Tchad, Dahomey y Guinea Ecuatorial. Me referiré especialmente al Came-



IBADAN, a unas ochenta millas al Norte de Lagos, será, probablemente, la futura capital de Nigeria. Es la ciudad negra más grande del mundo.

rún y a Níger, pues son esos dos países los que más han padecido por apoyar al gobierno federal. Pero quiero subrayar sobre todo que estos países han sufrido represalias de determinadas potencias europeas. En todo caso, su actitud sirvió para impedir que los rebeldes tuviesen una base sólida a partir de esos países, lo que nos facilitó extraordinariamente la tarea. Estamos dispuestos, efectivamente, a cooperar más estrechamente con todos esos países africanos de forma que nadie pueda poner en peligro la seguridad y el bienestar de nuestras poblaciones respectivas.

P.—¿Qué hay de los países africanos que han reconocido a Biafra?

G.—Le diré francamente que nuestra vocación africana nos

obliga a dejar la puerta abierta a todos nuestros hermanos. Pero, en este caso preciso, han sido esos países los que han cerrado la puerta. Son ellos, pues, los que tienen que volver sobre sus pasos. Y aunque haremos todo lo que está en nuestro poder para normalizar nuestras relaciones, son ellos los que han de tomar la iniciativa.

P.—¿No es verdad que ya hay algunos que han dado ese primer paso?

G.—No, que yo sepa. Pero creo que los periodistas están mejor informados sobre este particular.

P.—¿Y las relaciones entre Nigeria y Francia?

G.—Comme ça, comme ça... (expresión pronunciada en francés por el general Gowon).

P.—¿Es decir?

G.—Consideramos a Francia como un gran país, que siempre ha comprendido los problemas africanos. Por eso no entendemos bien cómo es que se ha mostrado tan hostil para con Nigeria. Pero también en este caso es Francia la que debe reconocer el mal que nos ha hecho, antes de que podamos reanudar nuestras relaciones normales en interés de los dos países.

P.—¿Y con Estados Unidos?

G.—Las relaciones con Estados Unidos no han sido nunca anormales. Es verdad que determinados parlamentarios americanos mal informados habían tratado de convencer a su gobierno para que tomase medidas desfavorables para Nigeria. Pero el gobierno Nixon ha sabido resistir, y esta posición realista ha impedido la deteriorización de nuestras relaciones. Las cosas habrían ocurrido de otro modo si se hubiesen tenido en cuenta las declaraciones fantásticas de determinado público y de ciertos órganos de información sensacionalista.

P.—Si la OUA decidiese, como consecuencia de la proclamación de la república en Rhodesia, romper sus relaciones con Gran Bretaña, ¿qué haría Nigeria?

G.—Le diré simplemente que Nigeria, por su parte, reaccionará en adelante con objetividad ante cualquier problema dado. No estamos dispuestos a obrar por razones sentimentales, como ocurrió en mil novecientos sesenta y uno, cuando la explosión de la bomba francesa en el Sahara. Por aquel entonces, los campeones del panafricanismo militante, entre ellos Kwame Nkrumah y Julius Nyerere, preconizaron la ruptura de relaciones diplomáticas con Francia. Pero, ¿sabe usted cuál fue el único país africano que rompió esas relaciones? Nigeria. Puede que sea ésa una de las razones que dictaron la actitud del gobierno francés durante la guerra civil de Nigeria.

«Pero, para volver a su pregunta, creo sinceramente que tenemos que demostrar un mayor realismo. Los africanos han de ponerse de acuerdo muy seriamente para conseguir que la ley, la justicia y la razón prevalezcan en Rhodesia. Hemos de obligar a Gran Bretaña a aceptar toda su responsabilidad concediendo una auténtica independencia a los que constituyen la mayoría del pueblo rhodesiano.

P.—Usted acaba de citar a Nkrumah. ¿Es exacto, como se ha

rumoreado últimamente, que Nigeria concedería asilo político al ex presidente de Ghana?

G.—Nunca se ha tratado de esto, que yo sepa. Además, creo que se encuentra bien donde está ahora.

P.—Durante la campaña electoral para las elecciones presidenciales en Dahomey, Suru Migan Apithy lanzó la idea de la creación de una federación del Benin, que englobase a Nigeria, Dahomey y a otros países. ¿Cree usted en la oportunidad de la realización de la misma?

G.—Se trata de una grande y noble idea. Pero presenta el enorme inconveniente de que no es nada práctica. Opino que hemos de ordenar antes de nada nuestras casas respectivas antes de pensar en acoger en ellas a todo el mundo. Estamos intentando en estos momentos la creación de un grupo económico regional del Oeste africano. Y tropezamos con muchas dificultades para hacerlo funcionar, debido, entre otras cosas, a la actitud de determinados países africanos, así como a la influencia de ciertas potencias europeas sobre otros. Por eso hemos de resolver nuestros propios problemas antes de enfrentarnos con problemas tan complejos.

P.—Hay diferentes opiniones respecto a la participación de la OUA en la guerra civil. ¿Ha contribuido, según usted, dicha organización en la victoria final y en qué modo?

G.—El papel de la OUA ha sido en extremo eficaz y positivo. Soy categórico sobre este punto.

«Ha sido la OUA la que ha orientado a la ONU y a determinados organismos internacionales sobre la situación real de Nigeria. Estamos agradecidos a la Organización de la Unidad Africana por su apoyo moral sin reservas. Creemos que nuestra victoria no ha sido exclusivamente una victoria de Nigeria, sino también de la OUA, del continente africano y del hombre negro.

P.—¿Qué importancia concede usted a la OUA? ¿Es usted optimista por lo que respecta al porvenir de Nigeria?

G.—Soy totalmente optimista en ambos casos. Porque creo en una Nigeria unida y en la OUA, y porque sé que los nigerianos creen en una Nigeria unida y en la OUA. Quiérase o no, Nigeria y la Organización de la Unidad Africana existirán mientras exista África. ■ JOS-BLAISE ALIMA.

© Jeune Afrique - TRIUNFO.

MALCOLM HANCOCK

